

## POLITICA DEL PETROLEO Y CUMBRE DE TOKIO

### UN GRAN FALLO EN LA POLÍTICA MUNDIAL

Enlazadas cronológicamente, a fines de junio se celebraron tres reuniones internacionales. La del COMECON (26-29), la de la OPEP en Ginebra (26-28) y la Cumbre de los siete en Tokio (28-30). En las tres, el abastecimiento y precio del petróleo constituyó su único (OPEP) o muy principal problema por su trascendencia mundial, debida a su ya aceptada creciente escasez.

Ya aceptada, ciertamente, porque es de señalar que el reconocimiento del agotamiento del principal recurso energético, ya previsto hace unos tres lustros, inexplicablemente ha requerido demasiados años para hacerse mundial. Hasta la Cumbre de Tokio, los supremos responsables de siete países industrializados, que se habían reunido ya cuatro veces, centraron sus negociaciones sobre el crecimiento económico, sin parar mientes que el mundo había entrado en la Era mundial de la Escasez no solamente petrolífera, sino que también de recursos no recuperables, especialmente metales<sup>1</sup> y también la madera, el agua y... el propio espacio.

La persistencia en considerar las graves dificultades económicas en todo el mundo como un fenómeno de simple crisis económica se nos presenta como un hecho inexplicable, porque los datos de plena solvencia estaban claramente publicados y razonados. El hecho de que, a pesar de ello, el mundo siguiera dilapidando el petróleo y sus deri-

<sup>1</sup> Cf. nuestros estudios en los siguientes artículos: a) *Del progreso indefinido a la Era de la Escasez*. Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras. Barcelona, 1976, pp. 32-44; b) *La Era de la Escasez ante la crisis económico-política mundial*, en el núm. 145 de junio de 1976 de esta REVISTA, pp. 13-24; c) *¿Hay voluntad de comprensión ante la crisis económica mundial?*, en el núm. 155 de esta REVISTA, 1978, pp. 45-50; d) *Reflexiones ante la Cumbre político-económica de Bonn*, en esta REVISTA núm. 159, 1978, pp. 35-54; e) *Cumbres económico-mundiales y Mercado Común*, en el núm. 106 del «Boletín de Estudios Económicos», Bilbao, abril 1979, pp. 127-143.

vados —y ello a ritmos exponenciales—, y a precios evidentemente muy bajos en relación a sus cualidades y a la patente escasez, es otro fenómeno inexplicable, salvo por la hoy evidente ceguera de proseguir una era de expansión económica inspirada en una utópica ideología de que el progreso material podía crecer indefinidamente.

Sin embargo, los datos estaban al alcance. En 1962, producto de anteriores investigaciones y constataciones, King Hubbert, geofísico y geólogo de la Universidad de Stanford, ya los publicó, y en 1965 —por su aportación al Congreso Mundial de Población de Belgrado— los razonó mundialmente así: «En un espacio finito es imposible que una cantidad física aumente a un ritmo exponencial constante, superior a cero». Y el petróleo siguió consumiéndose a exponentes superiores al 7, al 10 y más por 100 acumulativo anual en los países industriales.

Desde 1972 se han publicado cinco informes al Club de Roma, y en 1973 la OPEP elevó en cuatro veces el precio del petróleo, acentuando, desde luego gravemente, la crisis ya existente político-monetaria-económica producida por la desestructuración originada por los no proporcionantes ritmos de los elementos de componentes del vivir de los organismos nacionales, materiales y del espíritu humano y así como de las relaciones internacionales.

He aquí expuesto en síntesis el gran e inexplicable fallo en la política mundial.

En el número 164 de esta REVISTA anunciábamos un comentario a la Cumbre de Tokio, en nota a la traducción del Libro Azul *Para la lucha contra la grave depresión (slump) mundial*. Los acontecimientos subsiguientes nos lo hicieron retrasar.

La Cumbre de Tokio, ante la evidente escasez de petróleo, dio el primer aldabonazo para despertar al mundo del sueño del pseudo-dogma de progreso (material) indefinido y de la necesidad imperiosa de austeridad frente al despilfarro. ¿Estamos ante un real cambio de mentalidad de los responsables politíferos para dominar seriamente la Era de la Escasez?

Tanto por sus resoluciones, ciertamente ambiguas, como por lo acaecido desde junio —a pesar de los intentos de restricción del uso del petróleo—, lo dudamos.

Sinteticemos la política del petróleo y luego analicemos las conclusiones de Tokio en mutua conexión.

LA POLÍTICA PETROLÍFERA DE LA OPEP

Los trece países de la Organización de Productores y Exportadores de Petróleo (OPEP) se reunieron en Ginebra los días 26 al 28 de junio.

Observemos primero que hace ya unos dos lustros que se fundó dicha Organización. Aunque su nacimiento se atribuya solamente a estrategia política árabe en relación al contencioso de Palestina, su finalidad mundial va mucho más allá. Su declarado propósito fue un muy inteligente y responsable sentido de alta y previsor política energética mundial, a causa de su evidente conocimiento del futuro y muy próximo agotamiento de las reservas mundiales de energía petrolífera. En efecto, su creación obedeció, a este respecto, a procurar, mediante elevación de los precios del petróleo, la reducción de su consumo en bien de «la Humanidad», y así se ha operado, «para salvar la razón de ser de su comunidad». Principios que han sido muy silenciados y que van unidos, consecuentemente, «a conseguir, mediante esa alza de precios, la decisiva restricción del consumo petrolífero mundial», añadiendo que tal restricción tiene por objetivo el asegurar al mundo un abastecimiento de energía petrolífera hasta tanto no se hallen en uso eficiente nuevas fuentes de energía sustitutivas del petróleo; con su consecuencia, que tal política es tanto de interés para los países industriales consumidores como para los productores de petróleo.

Esta clara política ha sido reiteradamente expresada y sostenida especialmente por el Cheij Ajmad Zaki Yamani, antiguo estudiante en la Universidad de Harvard, hoy ministro del Petróleo de la Arabia Saudí.

A Yamani se le reconoce, con razón, por el más capaz de prever el mercado del petróleo a largo plazo; la mayoría de los demás, por su corta visión, solamente aspiran a su inmediato beneficio, de manera parecida a como se han conducido la mayoría de los políticos de las naciones industriales.

He aquí la dificultad de entendimiento, tanto entre los trece, cuanto entre los siete de Tokio y otros países desarrollados, como luego veremos.

La discrepancia en Ginebra se manifestó en la dificultad de consenso sobre los nuevos precios a fijar.

Desde luego, su alza no fue real, sino nominal. En efecto, de 1974 a 1978, en cinco años, los precios no subieron más que de 11,65 a 12,70 barril, y su incremento acumulativo anual no fue más que del 1,16

por 100. De hecho, pues, bajaron a causa de las erráticas cotizaciones del dólar a la baja. De ahí las alzas a 13,33 y a 14,55 en el primer semestre de este año 1979 y las nuevas acordadas en junio en Ginebra: de un precio base de 18,50 del petróleo de Arabia Saudí, a un tope de 23,50.

Otra razón del alza fue que los países industriales no habían tomado adecuadas medidas para limitar el consumo petrolífero, finalidad de los aumentos de precio.

La política de la OPEP, y en ella especialmente la propugnada por Yamani, reposa en un principio económico de regulación y control de un mercado: el principio de la elasticidad. Un aumento del precio induce a reducir proporcionalmente el consumo. Pero no siempre. Para ello se requiere una elasticidad igual a uno. Es decir—como sabido es en economía—, que, por ejemplo, a un aumento del precio del 10 por 100 se corresponda un descenso de la demanda de igual porcentaje. Mas la demanda de petróleo es tan rígida—pues es el pan de la industria, de los transportes y de las ciudades—, que la gente antepone el uso del petróleo a cualquier otro. De ahí que los aumentos de precio—esperan los de la OPEP—induzcan a los países industriales a tomar medidas sobre las «cantidades» para reducir el consumo; pues si las empresas y particulares no reaccionan sobre el precio, los Estados tendrán que hacerlo, limitando la cantidad por los crecientes déficit de pagos que suponen las elevaciones de precios en las transacciones internacionales.

Yamani sigue insistiendo en su política, con conciencia de su responsabilidad ante las inevitables consecuencias para los países industriales. Su moderación aparece en varias de sus declaraciones: si los países industriales consiguen limitar ahora un 5 por 100, y más tarde un 10 por 100, no habría necesidad de aumentos de precio, porque la finalidad es salvaguardar al mundo de quedarse sin petróleo. De ahí que se quejase públicamente de «extremismo» y del «irrealismo» de «los demás» en las reuniones de la OPEP.

Algunos detalles de las conclusiones de Ginebra fueron dados ya por nuestro copañero Fernando Frade en la Documentación número 164 de esta REVISTA. A ellas nos referimos.

Las implicaciones de la reducción del consumo de petróleo son muy diversas por países y regiones del mundo. En EUA, por ejemplo, los mayores sacrificios tendrán que hacerse en el transporte (58 por 100 de su consumo de petróleo), mientras que los costes de su industria soportarán mejor la carga mientras puedan disponer de su «barato»

gas, puesto que solamente consumen 10,7 por 100 de energía en petróleo. Tal estructura de consumo energético es muy diferente en los otros países.

Añadamos de pasada que, según la revista *Cuestiones económicas*, de la Academia de Ciencias de la URSS, la problemática petrolífera es también grave en Rusia y para sus satélites. Lo cual acarreará importantes tensiones políticas interiores y exteriores.

#### LA CUMBRE DE TOKIO EN CONEXIÓN CON EL PETRÓLEO

La quinta de las Cumbres de los siete se reunió en Tokio los días 28-29 de junio pasado. Su comunicado—publicado, como hemos dicho, en el número 164 de esta REVISTA—, si bien tiene resoluciones sobre la polución, las limitadas opciones para minimizar los daños a nuestras (*sic*) economías, la insistencia en un radical liberalismo favorable a los países industriales, las políticas económicas para lograr un equilibrio exterior duradero, la necesidad de estabilidad monetaria y ambiguas o soslayadoras sobre la ayuda al tercer mundo, insiéndolo en condicionarlas, en su punto dos, el más extenso y concreto, se refiere a una estrategia común (para los siete) de acciones urgentes: «reducir el consumo de petróleo y urgir el desarrollo de otras fuentes de energía», texto que coincide con la política proclamada por la OPEP y especialmente por Yamani.

En el texto de su comunicado final aparecen cifrados para EUA, Canadá y el Japón, y para la Comunidad Europea los toques a niveles de importación con objetivo hasta 1985. El punto tres establece medidas para incrementar el uso del carbón, y el cuatro declara que las nuevas tecnologías son la clave, a largo plazo, para liberarse de la crisis del combustible.

No falta la acusación a la OPEP por sus «injustificadas alzas y las graves consecuencias», deplorando los acuerdos de la OPEP; acuerdos que luego de su sesión maratónica final fueron recibidos, en la mañana del día 27 en Tokio, con—según informaciones publicadas—improperios tales como «elevación punitiva de precios», «desafío económico», «precisa adoptar una política frente a los productores que intentan desestabilizar el orden económico internacional». La víspera, la prudencia de Schmidt—el Yamani de los siete—había recomendado que, tanto en política del petróleo, como en la monetaria y comercial no se produjesen codazos nacionalistas entre vecinos, sino un conducirse con diálogo hacia la mutua comprensión. Aunque la

última sesión fue también maratónica —lo cual prueba lo resbaladizo de las conclusiones tanto entre los 13 de la OPEP y los siete de las Cumbres—, en ambos casos, quizá sólo fue el cansancio de porfiar cada participante en su *self-interes*, parece que la pintoresca «mano invisible» de Adam Smith, que, gracias a la competitividad (lucha económica), aunque no se desee lograr el bien común, fue el motivo de llegar a redactar acuerdos publicables. Así de incierta es la política mundial del petróleo.

### LA OPEP, ¿A LA DERIVA?

La política del petróleo no solamente es incierta, sino explosiva. Con ella están entrelazados, de una parte, los problemas del Tercer Mundo, crecientemente endeudados por el coste de sus importaciones a causa de los mundialmente necesarios aumentos de precio para conservar sus decayentes reservas con el fin de enlazar su agotamiento hasta la real puesta en práctica del consumo de nuevas fuentes de energía, cuyo plazo es aún una incógnita; de otra parte, el contencioso, aún indefinible, de Palestina.

Respecto al Tercer Mundo, cada día aparece más urgente la cooperación entre países industrializados con la OPEP para llegar a decisiones sin los condicionamientos de manejo del comercio internacional, tales como los que se reflejan en los ambiguos párrafos del último punto del comunicado de Tokio, enfrentándose pertinazmente con la totalidad de la problemática tercermundista sin segregar de ella, como ha sucedido desde 1973 en las sucesivamente fracasadas conferencias Norte-Sur.

En lo que concierne al problema de Palestina, el presidente de la OPEP, Mana Said al-Oteiba —un moderado y sensatamente objetivo como Yamani—, en sus declaraciones a fin de octubre en Tokio, urgiendo un diálogo directo con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), conociendo a sus colegas, argumentó así: «El petróleo es muy sensible al fuego. La llama de un fuego (Palestina) se va acercando al barril de petróleo. Si no extinguimos el fuego, éste alcanzará al petróleo. En tal evento no tendríamos petróleo para mandarles.»

Estas dos condiciones que la OPEP considera prerequisites para la deseada, aun solamente de palabra, colaboración entre productores-exportadores de petróleo con los grandes países consumidores, quienes incluso lo expresan en el punto tres de su comunicado de la Cumbre de

Tokio: «Continuamos dispuestos a examinar, con los países exportadores de petróleo, la forma de definir las perspectivas de la oferta y demanda en el mercado mundial del petróleo»; estas condiciones, repetimos, se han visto obnubilados por la quiebra, de parte de varios miembros de la OPEP, del compromiso acordado en junio en Ginebra, de respetar el tope de 23,50 dólares barril, hasta la acordada nueva reunión de Caracas en diciembre. En efecto, Libia, Iraq, México (no perteneciente a la OPEP), en octubre, fijaron precios de dos dólares por encima del tope oficialmente acordado, y se estima que seguirán otros. Únicamente parecen leales al tope Arabia Saudí, los emiratos, Venezuela e Indonesia.

Oteiba, optimista, declaró también en Tokio a mediados de octubre: En Caracas, «si el dólar se afirma y la inflación no debilita los ingresos del petróleo, entonces podré sostener la congelación del precio del petróleo para otro período». Mas Yamani, más realista, declaró en Washington, también a mitad de octubre, que puesto que la OPEP ha perdido su control sobre los precios, es a los países consumidores a quienes recae la política de preservar ulteriores aumentos del precio.

Con lo expuesto y razonado basta para una Nota. Pensábamos aportar un forzosamente amplio estudio para un tema que de por sí engloba, por sus múltiples repercusiones, no solamente la política económica mundial, sino que, fácil es deducirlo, constituye una de las problemáticas más importantes de la estrategia, de la diplomacia y de las ideologías en derecho y en política mundial. Nos hemos limitado a una Nota por abundancia de colaboración y porque el mundo diplomático aún considera adjetivos los temas de política económica, aunque sean decisivos para el trato y convivencia mundial.

Paralelamente a esta Nota—tan incompleta—, se publicará un estudio titulado «Reflexiones sobre la política mundial del petróleo ante las Cumbres de Tokio y de la OPEP», en el número de diciembre del *Boletín de Estudios Económicos*, de la Universidad de Deusto. Esta Nota es un complemento.

Añadamos, sobre las galeradas, las aquí adecuadas verdades ecuménicas del hombre Carlos Worriva (así pronunciado en polonés), Papa Juan Pablo II, dichas en la FAO (12-XI-79):

«Se han terminado los tiempos de las closiones y las ideologías de los países desarrollados». (Interpretamos, en la Era de la Escasez y no en la del Progreso indefinidamente creciente.)

«Es preciso cambiar el modelo de las relaciones bilaterales por un sistema multilateral.»

«Es preciso reajustar los criterios de los modelos de desarrollo (para) tender a satisfacer las necesidades reales fundamentales y no las artificiales, en parte provocadas y acrecidas por la publicidad, por el juego del mercado y por las posiciones de fuerza adquiridos en los campos económico, financiero y político.»

ROMÁN PERPIÑA Y GRAU